



En nuestros días es muy común escuchar acerca de los avances de la inteligencia artificial, de la

existencia de impresoras en 3D, de los lentes de realidad virtual, del descubrimiento de nuevas

especies e incluso de sistemas planetarios parecidos al nuestro, pero pese a todas estas

innovaciones, algunas cosas parecen imposibles de cambiar, tal es el caso del papel de la ciencia

en la educación.

Durante décadas, la atención se centró en el trabajo de los contenidos

de las asignaturas

de Español y Matemáticas, por considerarlas imprescindibles en el desarrollo de los niños, como si

el resto de las áreas del saber fueran complementos necesarios únicamente para llenar la boleta

de calificaciones o para ocupar el tiempo restante de la jornada escolar. Esta idea fue reforzada

cuando comenzaron los exámenes estandarizados, en los que sólo se retomaban contenidos de

esas dos asignaturas, mostrando que la importancia de conocer la estructura de nuestro idioma y

desarrollar el pensamiento lógico matemático, era lo único indispensable en la formación integral

de los estudiantes.

Aunque las últimas décadas han favorecido la construcción de miles de conocimientos en

múltiples áreas del saber y en años recientes se han hecho grandes avances tecnológicos cuyas

repercusiones van desde lo cotidiano hasta invenciones útiles para facilitar la comprensión de

nuestra realidad, la ciencia continúa siendo considerada como una afición reservada para un

reducido número de personas, quienes tienden a ser excéntricas, poco sociables y con un gran

intelecto.

Muchos docentes respaldan esta concepción errónea al abordar los contenidos científicos

superficialmente, apoyándose en la lectura del libro de texto o en investigaciones sobre los temas,

manejándolos como si la ciencia fuera algo perfecto e inamovible definido por personas muy

inteligentes, lo cual provoca que los estudiantes pierdan el interés en ella al concebirla como algo

lejano a su realidad.

Además, al basar las clases en la lectura de libros y teorías, se reprimen actitudes

indispensables para la formación científica básica, como la curiosidad, la observación y la

formulación de preguntas. Cuando los niños son pequeños, constantemente se cuestionan sobre

lo que les rodea, desean conocer cómo funciona el mundo en el que viven, pero al escuchar que

todo ya está dicho, dejan de preguntar, limitándose a repetir lo que han aprendido, porque

alguien más lo investigó y resolvió el enigma.

Aparte de centrar las clases en la lectura y en la reproducción de conocimientos, a veces se

asocia a la ciencia únicamente con la realización de experimentos, los cuales atraen la atención de

los estudiantes, aunque no siempre logren comprender lo que representan. La experimentación es

parte importante del desarrollo científico, pero también es necesario entender el fenómeno o

proceso que se explica a través de ella, lo cual evita que se

convierta en actividades entretenidas

para los niños, pero que continúan alejándolos del propósito real de la ciencia: ayudar a la

comprensión de la realidad en que se vive para poder transformarla.

No obstante que el desarrollo de la ciencia continúa haciéndose presente en muchos

ámbitos de nuestra vida actual, es necesario cambiar la perspectiva sobre ella, replanteando su

papel en la educación de los más pequeños, ya que al reconocer sus verdaderas características y

eliminar los estereotipos que se tienen al respecto, más personas serán capaces de utilizarla para

tomar las mejores decisiones que permitan mejorar la vida de todos los seres que coexistimos en

este planeta.